

suficiente para impedir su empuje sobre la Tierra y desaparecería como satélite independiente.

Esta razón es fundamental para eludir a la Luna de la supuesta actividad volcánica, es decir, aquella actividad habría destruido su magnetismo con el resultado final de la destrucción de la Luna misma.

La Tierra y la Luna son dos esferas magnéticas o dos imanes enormes cuyos magnéticos son paralelos, quedando el cuerpo eléctrico magnético de la Luna enteramente envuelto por el de la Tierra. Estos dos campos magnéticos tienen atracciones y repulsiones recíprocas cuyo resultado es el movimiento de traslación y rotación de la Luna.

De manera idéntica se encuentran los globos magnéticos de la Tierra y del Sol, cuyo contacto produce el estupendo fenómeno de la luz del Sol. El electromagnetismo del Sol no tiene contacto directo con el de la Luna, exceptuando la transmisión de luz y de compresión hacia la Luna al través del globo magnético de la Tierra.

La sección de algunos fragmentos meteoroides permite ver figuras cristalinas y cristalizaciones peculiares entrelazadas formando una textura o tejidos irregulares que han recibido al nombre de *Figuras de Widmattatten*.

El mayor tanto por ciento de los componentes de los fragmentos meteoroides, es hierro metálico, y sus aleaciones con níquel y cobalto llamadas kamacita y tanita respectivamente. También contienen estos fragmentos exóticos oxígeno, manganeso, estaño, magnesio, silicio, en forma de silicatos de hierro y otros elementos en número muy escaso. En fin, unos 24 elementos en total son los componentes de esos cuerpos.

Esta constitución de las rocas meteoroides sufre toda transformación en el seno de la tierra, habiendo sido asimilados por ella, comenzando por su destrucción masiva, reduciéndolas después a moléculas, ulteriormente a átomos libres; bajo la presión y el calor estos átomos quedan sometidos a la fuerza de ruptura y descomposición en electrones y protones libres. La ulterior desintegración del electrón y protón libres alimenta el electromagnetismo, manifestado en primer lugar en los polos magnéticos y en las fuentes principales de luz, como auroras boreales y de otros fenómenos importantes en relación con el magnetismo solar.

Este proceso de destrucción y asimilación de cualquier metal es extensivo al Sol, en primer lugar, y sucesivamente a los planetas y satélites, en proporción a su masa y estado de consolidación.

Esta misma asimilación es la causa original de los movimientos de los grandes cuerpos celestes, los cuales son en sí motores completos, puestos en movimiento por su propio magnetismo que sale de su interior.

Se puede afirmar que la Luna nunca ha sido parte de la Tierra, ni la Tierra del Sol, ni ninguno de sus planetas, no obstante que éste los gobierna por medio de su enorme campo electromagnético. Cada uno de estos cuerpos fue en su origen un asteroide poliédrico de pequeñas dimensiones carente de movimientos de rotación y traslación.

Es probable que la Tierra, hace muchos miles de millones de años, fué un asteroide poliédrico, inmigrante lejano en el campo de acción del Sol, el cual la incorporó en su sistema planetario al no poder succionarle mediante la resistencia opuesta por su campo magnético al campo del Sol.

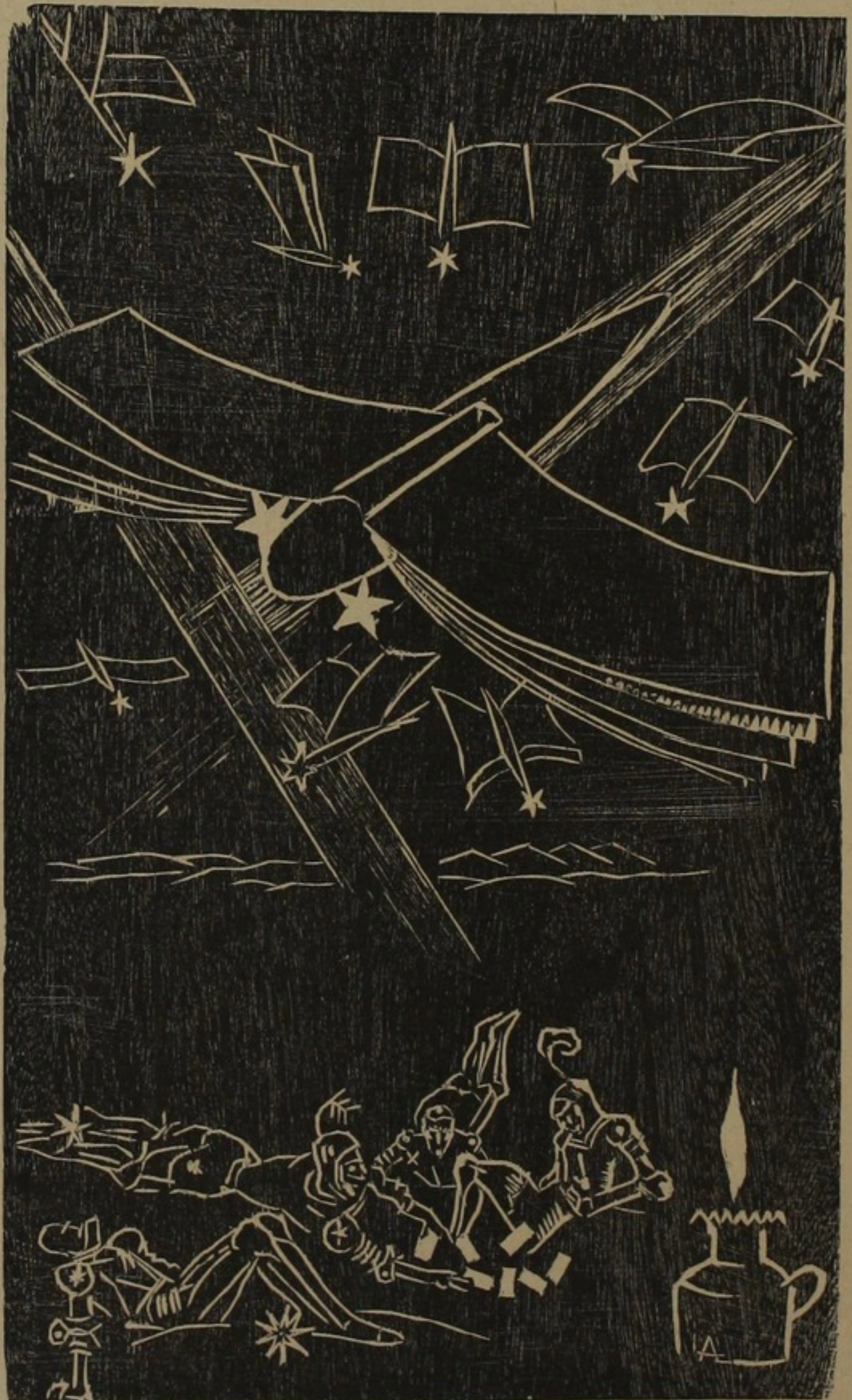
Es una vulgaridad científica que el calor destruye el magnetismo y que éste prevalece mejor en las bajas temperaturas. Por esta razón el magnetismo de la Tierra hace su escape de preferencia por las regiones polares.

El magnetismo, al atravesar cualquier espesor de la corteza terrestre, se vuelve un agente de selección y cristalización, transformando los materiales en minerales como consecuencia de esa propiedad de filtrarse al través de los intersticios intermoleculares e interatómicos, promoviendo en estos componentes elementales su colocación o disposición ordenada, observada en los minerales cristalizados como galena, pirritas de hierro,

esfalerita o sulfato de zinc y otros muchos, incluyendo los de precipitación química.

Efectuándose la ruptura del átomo en grande escala a unos 3000 kilómetros de profundidad de la superficie de la Tierra, sus componentes separados, electrones y protones, son obligados a filtrarse hacia el interior de la Tierra para incorporarse a su eje magnético central, y hacia el exterior para agregarse a los materiales en consolidación.

Esta última corriente de electrones y protones, después de hallar el medio favorable de integración, se une en proporciones múltiples atómicas, es decir, a cada protón envuelve, en proporción a su energía, el número equivalente de electrones.



La guerra del libro

(A los que creen que Centroamérica es una noche sin amanecer.)

Madera de L. de Artiñano.